

Versatilidad alfanumérica

Los pasos del escorpión y otros ensayos

JULIO CÉSAR LONDOÑO

Eafit, Medellín, 2017, 188 pp.

EN COLOMBIA son pocos los que ostentan el título de ensayistas. Tal vez uno de los motivos de esta escasez sea la dificultad de elevar a profesión un tipo de escritura que, por su misma naturaleza, siempre está en permanente trance de reinención y nunca apunta a un fin preciso. Por no citar a Montaigne, padre de este modesto género de introspección personal, valga una definición ofrecida por Chesterton: “El ensayo es el único género literario cuyo propio nombre reconoce que el irreflexivo acto conocido como escritura es en realidad un salto en la oscuridad”. Líneas más adelante, sin que la ironía embarque la agudeza de sus asertos, el ensayista inglés concluye: “En realidad uno no escribe un ensayo. Lo que hace es ensayar un ensayo”. Justo ahí, en el hecho de cambiar un verbo con miras a ser indeleble (“escribir”) por uno consciente de su carácter provisional (“ensayar”), reside la única verdad de este género.

Si antes decíamos que es una rareza encontrar en Colombia escritores dedicados exclusivamente al ensayo, más raro aún es toparse con alguien que se dedique a la divulgación científica a través del ensayo (la probabilidad, para hablar con mayor propiedad estadística, tiende a cero). Por eso, el nombre augusto de Julio César Londoño, autor de *Los pasos del escorpión y otros ensayos*, se destaca por su singularidad en medio de un panorama literario monopolizado por los géneros narrativos. *Los pasos del escorpión*, su más reciente volumen de ensayos, viene a sumarse a una bibliografía cuyos títulos muestran una reflexión constante sobre los misterios de la ciencia: *La ecuación del azar* (1997), *¿Por qué las moscas no van a cine? Artículos de ciencias y humanidades* (2004) y *¿Por qué es negra la noche? Los genios, el cuerpo, el sexo y las palabras* (2010).

Aparejado con su interés por la ciencia está su gusto por la literatura,

entendida en el sentido amplio de *belles-lettres*: filosofía, teatro, historia, poesía. En un ensayo sobre los sistemas de notación —“Eran los tiempos del número”—, el autor propone una categorización basada en la relación de los individuos con los signos: “[...] las personas se dividen en cuatro categorías, las primeras tres de ellas: los que aman las letras, los que aman los números y los pragmáticos, unas criaturas refractarias a los signos y que prefieren entenderse directamente con las cosas” (p. 38). La cuarta categoría, dice más adelante Londoño, está integrada por los “bilingües”, es decir, quienes se entienden sin problema con letras y números, como él.

Esta versatilidad alfanumérica le permite hablar con la misma propiedad del gusto de Borges por el hipálage (una figura retórica que consiste en asignarle a una palabra una cualidad distinta de aquella a la que lógicamente le correspondería dentro de la frase, como en “la serena copa que en un atardecer bebió Sócrates”, donde se esperaría que el sereno fuese Sócrates y no la copa) y del teorema de Gödel, cuya traducción al “lego” nos ofrece cordialmente Londoño: “Gödel demostró [que] todo sistema axiomático es, por fuerza, o inconsistente o incompleto. Axiomático quiere decir que parte de premisas indemostrables. [...] Inconsistente significa aquí, como en el lenguaje de todos los días, que contiene contradicciones. Incompleto significa, aquí como en la vida, que las reglas de juego no bastan” (pp. 183-184). En últimas, según alcanzo a entender, esto quiere decir que los fundamentos de las matemáticas no son tan sólidos ni tan infalibles como los hacía parecer el profesor en la pizarra del colegio.

Aunque le guste sumergirse en el tremedal de las preguntas últimas, una gozosa inclinación al voyerismo abre la ventana a los aires frescos de fenómenos mundanos tradicionalmente desdeñados por los “intelectuales” de línea dura. De hecho, el ensayo más extenso del libro no trata ni de partículas subatómicas ni de teoremas imposibles, menos de Schopenhauer o de Platón. Trata —y aquí el lector puede aventurar una respuesta— sobre el afán nunca cesante de cierto bípedo infatuado por ir mudando las mane-

ras de trajearse sin arreglo a ninguna necesidad vital. La moda.

Sirva de ejemplo este ensayo para glosar algunas de las virtudes literarias de este libro. Campea, por encima de todo, un humor sin censura, una gracia desenfadada capaz de romper cualquier convención sobre la unidad, en tono grave, del estilo. Esa libertad le permite decir, para escándalo de los filólogos clásicos y de los puritanos, cosas como la siguiente: “ ‘Nanay cucas’ [...], decían los griegos cuando pasaba un muchacho” (p. 24). Y el lector, siempre tan circunspecto al estar concentrado en la lectura, no tiene de otra que participar, con guiño cómplice, de esta hilaridad sin restricciones. Cuando el humor alcanza las cotas más altas, el autor puede decir, a caballo entre el aforismo y la greguería, y con una vigilante mirada puesta en la “geometría hechizada” del cuerpo femenino, que la minifalda es el “haiku del vestido” (p. 19) y la *havaiana* brasileña “la tanga del pie” (p. 31). Después de estos hallazgos verbales, será difícil ver estas prendas femeninas de otra manera.

Por entre las rendijas del ingenio se asoma el rigor investigativo en la medida justa para no estropear con suficiencia erudita el tono relajado de la escritura, al tiempo que el autor se mantiene en guardia para rechazar cualquier tentación de caer en el acartonamiento del lugar común. Otro rasgo digno de mención es la permanente búsqueda de cómo renovar la estructura tradicional del ensayo. En “El brujo y el poeta”, uno de los textos más bellos del libro, Londoño se permite una pequeña digresión para traernos, en las palabras del profesor antioqueño Jaime Alberto Vélez, la definición del ensayo por la cual él se orienta: “El ensayo es la manera de sostener con gracia un punto de vista original” (p. 69).

Si “original” no fuese un atributo desacreditado por el uso excesivo, no habría problema en atribuírselo a Julio César Londoño para intentar ajustar en una palabra el talante de su escritura. Pero más peligroso que lo anterior es trocar la precisión de un sustantivo por un sinónimo de peso incierto. Valga entonces todo este rodeo para poder decir, sin pretensiones de originalidad crítica, que Julio

César Londoño es sin duda un escritor original. Tiene razón Darío Jaramillo cuando lo llama uno de los secretos mejor guardados de la literatura colombiana.

Londoño, desde su casa en Palmira (Valle), tal vez con vista a un patio tiznado por el sol, observa las cosas y escribe su obra.

Jerónimo Uribe Correa